POPULISMO Y FANATISMO: LA COMBINACIÓN TÓXICA QUE AMENAZA LA DEMOCRACIA

La mentira como herramienta política

Por el coronel (RP) Diego León Caicedo Muñoz

"Una mentira repetida mil veces se convierte en una verdad". *Joseph Goebbels*

"Las Sirenas, seres terribles que hechizaban con sus cantos a los hombres que lograban acercarse a ellas con sus barcos. Todo aquel que alcanzaba a escuchar este canto nunca volvía a reunirse con sus seres queridos y familia". *La Odisea de Homero*

El populismo es la encarnación moderna de esos cantos de sirena: seduce con promesas fáciles, emociona con discursos apasionados y convence con la ilusión de soluciones inmediatas. Se presenta como un estilo de acción política que exalta al líder carismático, desprecia las instituciones y erosiona los contrapesos democráticos. Tanto en la derecha como en la izquierda, el populismo concentra el poder en el ejecutivo y debilita la independencia de las ramas del poder público.

La filósofa italiana Franca D'Agostini, en su obra *Mentira*, describe al populismo como la manifestación fehaciente de la efectividad de la falacia y el engaño. Axel Kaiser y Gloria Álvarez, en *El engaño populista*, recuerdan cómo el Foro de Sao Paulo en 1990 buscó revivir el comunismo en América Latina bajo el disfraz del "socialismo del siglo XXI". El actual presidente de Colombia fue un seguidor de este proyecto, pero se encontró con una constitución sólida en el sistema de pesos y contrapesos que limitó sus aspiraciones de concentración de poder.

Según Eduardo Pizarro Leongómez, una de las mayores preocupaciones en relación con los proyectos neopopulistas de izquierda nace del riesgo de repetir los errores del pasado: la insistencia en una redistribución de ingresos y una mejoría del nivel de vida de los sectores más desfavorecidos, sin presentar un proyecto de desarrollo sostenible a mediano y largo plazo. Ejemplos como Venezuela muestran cómo este modelo, disfrazado de justicia social, puede derivar en dictaduras que perpetúan la pobreza y la exclusión. El populista se convierte en el "hombre pueblo", encarnación de una supuesta voluntad general, que sustituye la razón por la emoción y la argumentación por la demagogia.

El populismo no prospera en soledad: necesita del fanatismo. Enrique Echeburúa define el fanatismo político como una adhesión intolerante a unos ideales que sustituye la racionalidad por la convicción emocional. Los fanáticos creen poseer la verdad absoluta, cargan su pensamiento de odio y necesitan un enemigo externo para reforzar su identidad. Esta dinámica convierte la política en un campo de batalla

emocional, donde la cohesión grupal se logra a través de la exclusión y la polarización.

El fanatismo, alimentado por la inseguridad y el resentimiento, se convierte en el terreno fértil para que el populismo florezca. La lealtad ciega al líder reemplaza el debate democrático, y la pluralidad se anula en favor de la obediencia.

Cuando populismo y fanatismo se entrelazan, la democracia se degrada. El discurso político se transforma en un mecanismo de control social, la polarización divide a la sociedad en bandos irreconciliables y las instituciones pierden su capacidad de garantizar el Estado de derecho. El resultado es una ciudadanía convertida en masa acrítica, que aplaude al líder en lugar de cuestionarlo.

Este fenómeno destruye la confianza en las instituciones, limita la disidencia y convierte la política en un espectáculo de emociones, donde la razón queda relegada.

La democracia exige más que votos: requiere ciudadanos informados, críticos y responsables. La educación política y el pensamiento crítico son las herramientas para evitar caer en la trampa del populismo y el fanatismo. Construir una cultura política basada en la pluralidad y la razón implica fomentar el diálogo democrático, gestionar las emociones en el debate público y priorizar valores de igualdad y justicia.

Solo una ciudadanía consciente puede resistir los cantos de sirena del populismo y evitar que el fanatismo convierta la política en un terreno de odio. La democracia se fortalece cuando los ciudadanos asumen su papel como protagonistas del destino colectivo, no como seguidores pasivos de un caudillo.